

SILUETAS DE PASCUA. LA NOCHEBUENA EN EL CONVENTO.

Diciembre 2017
Ramón Freire Gálvez.

Ya estamos en las Pascuas, como se decía antiguamente. Y una de las mejores noticias que he recibido entre el día 18 de Diciembre (Virgen de la Esperanza) y hoy vísperas del nacimiento del niño Dios, aparte de la mejoría de salud en algunos familiares, con independencia del estado satisfactorio que tengo, ha sido poder comprobar, como después de tanto tiempo, muchísimo diría yo, el monumento a un gran ecijano y ecijanista que tuvimos entre nosotros, DON MANUEL ROMERO NIETO, en mayúsculas (Manolín Romero le llamada mi padre y mi familia), que se encontraba en el jardín del antiguo Hospital San Sebastián, ha sido trasladado y colocado felizmente en el nuevo Hospital de Écija.



Fue un sanitario de tronío, solidario a más no poder siempre con su pueblo ecijano y con sus habitantes y por eso, igual que muchos otros, aparte de sus familiares, estoy muy feliz, porque era un deber tras el traslado del hospital, colocar su monumento en el nuevo hospital, lo que gracias a Dios se ha podido llevar a cabo, pues así las generaciones presentes y futuras, cuando visiten dicho recinto hospitalario y pregunten por dicho personaje, siempre alguien le podrá contar quién era, cómo y lo que tanto hizo por Écija. Por todo ello, me siento feliz en estas Pascuas de 2017 que quiero compartir con todos ustedes.

Ya casi todo preparado, en mayor o menor cantidad, en mayor o menor variedad, pero siempre al máximo la unión familiar y más en lo que atañe a mí persona, que en el caluroso estío ecijano de este año 2017, se me aparecieron negros velos de muerte con guadañas, que a todos nos hizo temblar de pánico por lo que ello podía suponer, así que cada Pascuas tendré que celebrarlas, con más alta dosis de estima y agradecimiento a todo el mundo.

No por ello dejaremos de acordarnos de los que sufren, ya sea por enfermedad, violencia de todo tipo, tristeza, abandono, soledad, falta de trabajo, etc., etc., a los que tenemos que ayudar con nuestra comprensión y fraternidad.



Además de todo lo anterior, que no es poco, en este mundo del que alardeamos que es muy solidario, aunque a veces no lo parezca, yo, como felicitación de Pascuas y venturoso año 2018, rescato y publico un artículo del ecijano Mas y Prat, que apareció insertado en ***La Ilustración Española y Americana del 22 de diciembre de 1889***, bajo el título *SILUETAS DE PASCUA, LA NOCHEBUENA EN EL CONVENTO*, que decía así:

I.

“¡Tan, tan, tan! La madre campanera se deshace, se abisma en la espadaña tocando a maitines. ¡Tan, tan, tan! Allá en las celosías se percibe su sombra fantástica recortándose por obscuro en el vano del arco, y el movimiento de su escapulario negro con el que juguetea el viento frío de diciembre.

El convento, al que todavía no se ven los escudos de la Orden que adorna su portada ojival, está alumbrado por fuera por dos farolillos que penden de dos pescantes figurando espantables gritos; otros ojos encendidos se ven más allá; las lámparas del retablo del atrio, que anuncian, chisporroteando, que van muriendo las horas del silencio y que se acerca la madrugada.

Acerquémonos al cancel, que tiene rosetones de cedro labrado con vidrios de colores y levantemos discretamente uno de los cortinones que cubren sus opuestos ángulos, hechos de gutapercha rellena de crin vegetal; las obscuridades de la calle desaparecerán como encanto; una mirada de rayos luminosos vendrán como abejas de oro a aposentarse en nuestras retinas; la iglesia, colgada y vestida de rojo damasco, nos hace creer que estamos en la antesala del cielo;



los cirios y las lamparillas, unos chispeantes con orgullo en los plateados candeleros y las otras ardiendo modestamente en sus cucuruchos de cristal rellenos de santo óleo, nos dirán a voces que se alegra el convento, que las novicias saltan como corderillas que apacentase el Divino Pastor, que las profesas y las madres viejas se esparcen pensando en que después del ayuno irán a halagar sus lenguas siempre bañadas en las plegarias y el salmo las



golosinas de Pascua y las confituras que la hermana experta, que tiene el secreto de encontrar en las cacerolas el oro del huevo en dulce y el granate del jamón, como hallaba la piedra filosofal el pape Silvestre II en sus retortas, les ha de ofrecer en el abrigado refectorio, dándose tono de cocinera de la casa de Dios.

Como es temprano, no está todavía la iglesia con todos los moños y arandelas. El sacristán, cuyo ancho cervigullo se estira al levantar la caña, empínase sobre el último escalón del presbiterio para alcanzar las velas más altas, y pega a los importunos mocos de los cirios con el cono del apagavelas, olvidándose de la frialdad que produce en su nariz el vientecillo que se cuele por las rendijas del camarín de Santa Teresa; los ángeles de pasta que sostienen las lámparas bizantinas que caen sobre los pulpitos, parece que con sus boquitas de carmín se ríen de sus apuros al levantar la caña, y que le señalan con el dedo.

¡Tan, tan, tan! dicen las esquillillas del campanario; maitines tenemos. Ya baja el vecindario por la estrecha calle a la plazuela, con objeto de apiñarse en el recinto sagrado. Todos vienen alegres y decidores; las muchachas ríen, se balancean por las aceras y pellizcan a Juan y a Pedro. Los amigos hacen corro para apurar una copa de vino y probar los alfajores que confeccionó para la venta la célebre cocinera del mismo convento; unos cantan villancicos; otros molestan la pequeña oreja rosada de su novia diciéndole consejitos, y recordándole que en tal *noche nace el niño, Salvador del mundo* y protector de sus amoríos; a éste le pisan un callo al subir el primer escalón del porche; al de más allá le desgarran el vestido; ésta siente el ric-ric que produce su mantilla tejida, que se rompe; la otra se deja atrás, por haberle un moscón pisado la cinta, un zapatillo de charol, enano y pulido.

Sin embargo, al crujir la puerta, que lucha por cerrarse y abrirse, haciendo ladrar como pequeños gozques a sus goznes enmohecidos, el ruido y la bulla queda a la puerta; el mar viviente va colocando sus olas, como en serena playa de arena, en el santo asilo; los rumores no son ya rugidos de oleaje azotado por los caballos del dios de las aguas, sino hervir de espumas que se



trueca en suaves y misteriosos cuchicheos ; diríase que es zumbar de abejas en inmensa colmena, cuya montera parece ser la esbelta cúpula de la iglesia.

Todos esperan que el órgano despierte como león furioso, repartiendo resoplidos por sus infinitas bocas o trompetas; todos desean que los cantores tomen plaza en las obscuridades del coro alto, y que resuenen las panderetas, las zambombas y las castañuelas; en sus mulleras se despiertan los recuerdos de los villancicos clásicos que se cantan en los respectivos hogares al volver de los maitines, y hay quien tararea por lo bajo, metiendo el hocico en los vacíos confesionarios, para evitar que el sacristán les corte el tarareo:

Madre, en la puerta hay un niño
Más hermoso que el sol bello;
Yo digo que tendrá frío,
Porque el pobre viene en cueros,
Pues dile que entre
Se calentará,
Porque en esta tierra
Siempre hay caridad.
Entró el niño y se sentó,
Y apenas se calentaba,
Le preguntó la patrona:
¿De qué tierra o de qué patria?
El niño responde;
Yo no soy de aquí;
Madre está en el cielo,
Yo bajé de allí,
Hazle la camita al niño
En la alcoba con primor.
No me la haga usted, señora,
Que mi cama es un rincón,
Mi cama es el suelo
Desde que nací,
Y hasta que me muera
Ha de ser así.

II.



convento! ¡Qué redondos y sonrosados son los rostros de las que ya tomaron

Entretanto, ¿qué hacen las madres en el convento? ¡Tan, tan, tan!... Van entrando en el oratorio para después bajar a coro. ¡Qué perfiladas vienen y qué bonitas, envueltas en la blanca estameña! ¡Qué caritas de risa traen las que hace poco que han entrado en el

hábito! ¡Cómo disimulan la edad con sus cabellos de plata y sus rubicundeces las más viejas! ¡Cuánta monja! Una, dos, tres, cuatro, cinco, diez, veinte, treinta; pueden contarse como contó el gaitero de Roncesvalles a los que iban cayendo en el desfiladero envueltos en sus cotas brillantes; la coraza de estas fuertes amazonas de Cristo es el santo escapulario, bajo el cual ocultan sus manos nacaradas.

He allí la priora que debe presidirlas. Delante van las cándidas novicias cubiertas con sus velos blancos; detrás las profesas, ostentando sus hábitos severos ceñidos a las caderas.

Como marca la regla descalza, se colocan de dos en dos en ondulante fila: parecen parejas de palomas de pluma negra y blanca. Al travesar el claustro lleno de retablos y lamparillas, se copian en los muros sus amables siluetas. En los alfarjes de la techumbre y en las claves de las bóvedas resuenan sus atipladas notas, que siguen repitiendo el salmo *Letatum sum*, uno de los más bellos del Profeta, que han de terminar necesariamente antes de traspasar el arco apuntado del coro. Suenan a lo lejos en el campanario los toques a maitines; es que también las campanas se deshacen alabando al que va a nacer con sus gárrulas lenguas.



Aquella tarde el coro, en que van a entrar ahora, se ha puesto de gala para recibir al niño Dios que nace todos los años, desde el primer año cristiano, y que seguirá naciendo hasta la consumación de los siglos. Nace en invierno, tendrá frío; ha sido preciso prepararle las envolturas más ricas, las preesas más primorosas. En esta operación se ha ido todo el mes que acaba; en el convento, cada celda ha sido una especie de simbólico hogar en que se esperaba al ser bendecido.

¡Qué primores ha hecho la madre Águeda para el Jesús que ha de colocarse en el Nacimiento en la pequeña cunita de juncos! ¡Qué encajitos ha metido con su ágil agujita de marfil la hermana tornera! Pero la que se luce es sor Teresa de la Caridad, la monja blanca, como la llaman sus hermanas, porque tiene unas manos diminutas que parecen flor de cera. Esta, que ha visto los tejidos que hacen en sus nidos de América los pájaros-moscas —porque la novicia es cubana— ha sido la que ha hecho el colchoncito relleno de plumas de cardenal, pájaro de su país que tiene suavísimas plumas rojas. Envidiosa la hermana Fuensanta, que es una andaluza que lo mismo se terció la capa del

hábito que se terciaba el mantón de Manila de la tierra, ha hecho una almohada de plumas de jilgueros, que es digna compañera del colchón; los encajes es preciso verlos con microscopio.

Pero no crean ustedes que el Jesús del Nacimiento que se ha colocado en el refectorio para hacer la fiesta después de los maitines, y ya en plena Pascua es el único Jesús del monasterio; muy al contrario, en un convento de monjas Teresas que he podido visitar hace poco, vi seis u ocho diferentes, distribuidos en celdas y comedores, todos colocados en nichos de cristal o en floridas hornacinas; todos primorosamente vestidos, incluso los desnudos, que lucían pellicas riquísimas de seda o sudarios tomados de piedras preciosas y potencias de oro y plata.

El efecto que me hicieron esos divinos niños, rodeados de flores naturales y contrahechas, y pareciendo que clavaban sus inmóviles ojitos de cristal en las madres que con tal amor los cuidaban, me trajo a la memoria una relación antinómica, que es la imaginación mensajera de relaciones extrañas.

¿Perteneían los éxtasis de las monjas ante los niños de Dios única y exclusivamente a los recuerdos y tradiciones de la religión, o había en ellos algo de las reminiscencias de sus propios hogares?



El nacimiento del niño Dios es en todos los conventos motivo para grandes fiestas, principalmente en los días de Pascua y en la Nochebuena. Las estrecheces de la regla se olvidan un poco, y las novicias tienen esos momentos de expansión que aun en la soledad del eremitorio suele producir la primera tentación de San Antonio, y las vacilaciones de Teresa de Jesús, alas que siempre seguía el vencimiento.

Con motivo de esta costumbre de adornar los niños en los conventos, cuéntase un lance ocurrido a una novicia, hermana de la célebre escultora *la Roldana*.

Era ésta novicia de un convento de monjas de Sevilla, y quiso hacer a sus compañeras y al convento en que se hallaba un regalo de Pascuas como solía ser costumbre cuando estas novicias tenían dote y no eran pobres recogidas a expensas de la nobleza, o reclusas por padres sin fortuna. Consultando con su hermana la celebrada escultora, que esculpía entonces un coro de ángeles para un Paso de cierta cofradía sevillana, ésta la propuso que les llevase un niño desnudo hecho con la propiedad y el realismo de la época del Renacimiento, y cuyos modelos dio primero Rafael y sancionó después el mismo pintor del cielo.

Muy bien pareció a la hermana el ofrecimiento; y en efecto, la hija del celebrado Pedro Roldan dio a su hermana un precioso Jesús, desnudo, rollizo,

bello, con las líneas túrgidas que da la materia al bello recién nacido; joya de arte que valía mucho más que si fuera de oro fundido.

En paños de raso blanco envolvió la novicia al precioso niño que le dieron por el torno con objeto de que preparase a la comunidad agradable sorpresa en la noche del Nacimiento. Ella le recató misteriosamente en su celda, y ya reunidas todas sus compañeras en la sala de paso, antes de bajar a maitines, la joven novicia pidió venia a la superiora para traer su presea de Pascua, y presentó la primorosa escultura, que a la débil luz de los cirios y de las lámparas hizo lanzar a las madres un grito desolador de espanto.



En efecto, aquel prodigio del cincel de la Roldana parecía un niño vivo. Sus ojos se movían; sus pestañas daban sombra; sus cabellos se encaracolaban graciosamente sobre una frente tersa y curva como una concha de nácar; sus labios sonreían de un modo dulce y suave, enseñando el primer diente.

Las monjas se quedaron atónitas, y la más vieja, que usaba gafas verdes y estaba en segundo término, no pudo menos de lanzar un gangoso grito, diciendo:

¡Pero qué escándalo es éste, madre superiora! ¡Cómo permitís abuso tan carnal y tan superbo!

Estas frases las dijo signándose y persignándose nerviosamente.

La joven novicia lanzó una carcajada, y levantando al niño Jesús en sus brazos y acercándole casi a las narices de la madre de los espejuelos, la convenció de que era un niño de talla y no de carne; todas las demás hermanas, hasta las profesas, prorrumpieron en risas y en palmadas.

¡Oh, es monísimo!, dijeron unas besando su rostro rosado.

¡Oh! debemos ponerle en el mejor y más bonito sitio del claustro alto, añadieron otras.

¡Callen las locas!, dijo la priora poniendo su huesosa mano sobre la escultura; lo primero es vestir al desnudo.

¿Pero por qué nos lo ha traído sin ropas?

Por qué, según las profecías, no las debió de tener el Dios Niño en el pesebre, y no pasó esto a humo de pajas.

¡Miren la leída!, dijo la hermana Clara.

Más claro, añadió entonces la graciosa novicia; así ha nacido del cincel de mi hermana.

La monja de los anteojos verdes huyó a un ángulo de la crujía, reclinándose en un mascarón y haciéndose la avergonzada.

III.

Pero nos hemos olvidado, al referir estos detalles, que está la iglesia llena y que la concurrencia espera que salgan los oficiantes. Ya las monjas han penetrado en el coro y se han distribuido cerca de las rejas grilladas de doble fondo y armadas de puntas, dejando a algunos curiosos de los que han podido acercarse a aquel sitio que atisben, a través de aquella punzante labor, el



cuadro misterioso, fantástico y rico en penumbras, en cuyos términos brillan acá y acullá una mirada de brillantes lucecillas.

Comienza al fin la misa, y, al llegar al *Credo* despiertan, a la solitación de las flautas del órgano, los alegres panderos, los gárrulos crótalos y las rimbombantes zambombas; los villancicos, repetidos por niños cantores, rebotan por los techos ensamblados del templo, y salen a veces a la calle por los rosetones del cancel; los cantos se repiten en muchas partes de la misa, y a cada una de las coplas la multitud de fieles se agita como si respondiera a aquellos cantos pastoriles, tan inocentes como expansivos. Como todo acaba en el mundo, la ceremonia religiosa acabó también, sonando en el coro alto los últimos resoplidos del órgano, que semejante a un león que ruge en las obscuridades de su caverna, y que da con la cabeza en el techo en alegres saltos, atruena las que van siendo poco a poco soledades de la iglesia. Aún resuena el postrer villancico con un turbión de sonajas, mientras se atropellan en el cancel los devotos, encontrándose de cara con la luz del día.

Las monjas también a este punto vuelven por el mismo camino al cuerpo interior del convento, ya en fila desordenada, y como turbión de cabritillas que esperan el fresco pasto en flor en el refectorio. Por los portaluces del claustro penetran los primeros arreboles; cumplido el primer misterio, la Naturaleza se regocija, y el nacimiento del Salvador del mundo trae aparejada la época más alegre del Calendario.



Después de conocido el acontecimiento, los Reyes Magos, amigos de las estrellas, prepararán sus caballos para cumplir las profecías, y recorrerán los mercados de Siria y Palestina para repartir a los demás niños del mundo las más preciosas preseas y confituras.

En este reparto, como siempre, saldrán ganando los ricos que pongan sus platos y canastitos en acristalados y blasonados balcones; los pobres que pongan el desgarrado zapatillo en la ventana mezquina y de rotos cristales, por donde se cuele el viento de Diciembre, frío como punta de alfiler, hasta su pobre lecho sin cobertor ni aun sábana, acaso no cogerán ni una almendra, ni un dátil meloso de las palmeras de Getsemaní.



Las novicias han anticipado la Pascua de Reyes, porque tienen ya a Gaspar, Melchor y Baltasar en el Nacimiento que adorna el refectorio, como preciosidad de ocasión y que parece un ascua ardiendo. Tampoco necesitan de los regatitos de los monarcas ubicuos o turistas universales, porque ellas tienen ya preparadas sus gustosas confituras.

En la larga mesa del refectorio, que está lleno de guirnaldas, colgaduras y estampitas de santos y santas, se ven distribuidos, y a la luz de los candeleros que palidecen ya con los albores del día, una porción de apetitosos caprichos que delatan claramente las aflicciones monjiles.

Con verdadera delicadeza y monería, sobre papeles picados con lacitos de colores, sobre manteles más blancos que el lino de sus velos de toma de hábito, están colocados los confites y las fruslerías propias de Pascua, en las que tienen tanta fama los conventos en todas partes. Aquí se ven los ricos bizcochos de las marroquies de Écija, las perrunillas de Osuna y las tortillas de las antiguas Salesas, que iban hasta el alcázar de Felipe IV y que hacían el deleite de su regia mesa; la sabrosa aguamiel que solía beber en locutorio servida por ellas; las rojas empanadas andaluzas llenas de plateados boquerones y de sabrosas especias; los cucurucho de Santa Inés, que entre los anises ocultaban artificiales fresas; las peras en dulce, envueltas en cubiertas de talco, que brillaban asemejándose a las de oro que servían al rey Midas, allá en los tiempos mitológicos de Grecia; las pastillas de caramelo y la sabrosa miel blanca, que habían labrado expresamente para este día las laboriosas abejas del huerto, y que al tocar a sus bocas les hacía relamerse la lengua.



Después de pasar algunas horas, la comunidad rezaba en coro un salmo en acción de gracias, y se repartía por el claustro; si era buen día de sol, se decidían a bajar a los cenadores de la huerta. Allí, el monjero, que era siempre

un cazurro con más malicia que medias, les daba una copita de rosoli y las mecía en columpio, cuidando de que la priora no lo supiera.

Después subían corriendo por la estrecha escalera de la alta espadaña y hacían rabiarse, tocando al badajo de las esquilas, a la hermana campanera; el ruido que hacían en la explanada del campanario asomándose a las celosías para ver, como ellas decían, *el mundo por un agujero* asemejábase al que hace una bandada de golondrinas. Un entierro, según supe, pasó en este momento, y produjo una explosión de risa en las novicias.

Morirse en Pascuas era una cosa que no podían comprenderlo ellas.



Al cabo de tales inocentes expansiones, y después de aquel día de asueto, el convento vuelve a entrar en su existencia monótona y medida como el deslizarse de un reloj de arena. A las esplendideces de la Pascua con sus rientes desahogos y sus sabrosos regalos, sigue la encapuzada Cuaresma con sus cilicios, sus ayunos y sus abstinencias. Entonces el exceso de vida representado por las novicias en esos santuarios donde todo es ascetismo y oración, se esteriliza como ave que oculta la cabeza bajo el ala, y como flor de invierno que levanta en vano la cabeza para

encontrar el rayo de sol que busca con ansia siempre.

Y la madre campanera, en vez de tocar a gloria en la espadaña, toca a muerto.

B. MAS Y PRAT

Diciembre de 1889"

Y ahora voy a contar un secreto, que quiero compartir y siento obligación de ello, como final de este relato. Yo estaba buscando, arreglando y perfilando el anterior artículo, hace mucho tiempo para después cocinarlo, concretamente lo encontré el día de San Rafael, 24 de Octubre pasado, día que, al ser fiesta en Córdoba, no tenía sesión de radioterapia y aún me quedaban dos días.

Añado y aclaro, que, tanto mi mujer como yo, somos muy devotos de Santa Ángela de la Cruz, escalera de amor y sacrificio por la que subimos en nuestras oraciones y rogativas a Dios Padre e Hijo.

Pues bien, el citado día y cuando estaba solo frente a mi pantalla del ordenador, suena el timbre de la puerta de mi casa y al abrir, me encuentro con sorpresa, a dos hermanas de la Cruz, que venían a interesarse por mi estado de salud y departí con ella un ratito, agradeciéndole su visita y su intersección por mi salud, señal inequívoca y palpable de que mi Santa no me había olvidado y, ya repuesto, me tocaba visitarla, como así haré próximamente en una visita a la casa madre en Sevilla, donde dejaré depositada mi gratitud inmensa, junto con el de mi familia y mis amigos, al tiempo que por todos ellos pediré

Tal como ocurrió, anoté dicho hecho en el resguardo del presente artículo, para cuando correspondiese no se me olvidase. Ahora, cada uno que piense lo que quiera, la libertad es un atributo que va unido al ser humano, pero como yo he recibido dichas señales en varias ocasiones, sé que en algún momento, si mi fe se ha tambaleado, allí estaba Santa Ángela de la Cruz para fortalecerme, y por eso lo cuento, porque a través de ella, como decía anteriormente, llegó al Dios Padre e Hijo de la Sangre.

Repito, felicidades, primero porque ya tenemos el monumento a Manolin Romero (recuerdo a mi padre que así le llamaba) en el nuevo hospital ecijano y segundo desearle lo mejor para todo el mundo y sus familiares. Quiero que sea un mundo sin fronteras, pues sería ideal, que se acaben las guerras, las epidemias, las soledades, las enfermedades, los malos tratos, las injusticias sociales y todo lo que sea malo para el ser humano, al tiempo que un rayo de luz conventual nos alumbre, para que podamos ser mejor con nuestro prójimo en el día a día y que todo ello sea lo que nos traiga el año 2018 que se avecina y que todos podamos disfrutarlo.